



LUTERAMA ¿ESTUVO "EL LUTE" BAJO LA CAMA DE FLORINDA MESEJO?

Ha causado la natural sensación un rumor ampliamente difundido en Almendralejo acerca de la supuesta presencia de "El Lute" bajo el casto lecho de la señorita Mesejo. Por el interés de la noticia, nos hemos trasladado a visitar a la protagonista, cierta o fingida, del rumor. Llamamos a su casa y nos abre una señora de unos setenta.

-¿! A señorita Florinda Mesejo?
—Yo soy su tía, ¿sabe? Está en la novena y ahora viene. ¿Desea usted algo?

—Querría hablar sobre...
—Ya..., lo de «El Lute». Pues espere, que estará a punto de llegar.

Llega. Deja el velete, el rosario y el misal sobre la mesa de camilla. Nos relata la historia.

A medianoche oyó un «cling» que procedía de bajo su cama. «Me puse muy nerviosa». Mira cuidadosamente: está allí «El Lute», que acaba de darle un toque al orinal con un sortijón de quincalla que lleva en el muñeque. «Estuvo muy educado y me dijo que lo sentía».

Lo que dijo «El Lute»: «Hombre, usted disimule, que l'he dao ar basín con el aro este y a lo mejor la he asustao. Y es muy bonito er basín con sus flores de porcelana y su asa pa agarrarlo y toa la pesca. Anda, que debe usted meá en él como las propias rosas, y usted disimule la intimidá, pero a lo mejor si yo de pequeñito tengo un basín como éste, ni me hago quinquí, ni quinaor, ni afanador, ni ladrón, ni atracador, ni nada.

Y mudando de conversación, todavía está usted, hombre, no para tirarse al suelo, pero si en caso, a ver si me entiende, de tirarse a otros sitios... Je».

Después, según nos cuenta la señorita Mesejo, «El Lute» (que ella llama, con más propiedad, «El Eleute») la pidió pan y queso y una bota de vino, y ella dijo que se lo daría si le prometía ser bueno, y que ella rogaría al procurador de los imposibles para que lo llevara por el buen camino.

Y dijo «El Lute»: «Pues, yo, ¿qué quiere que le diga? Quiero ir a Portugal, y sé buenos caminos, porque he pasao café a las costillas, pero si el procurador ese sabe otros mejores y que no guipen, pues yo encantao de la vida...».

Suena el teléfono.
—¿Diga?... Ah, sí, dígame. Sí..., sí..., bueno, pero padre... No..., ¡pero si es un señor muy simpático!... Está bien, padre, lo que usted diga... Adiós..., sin pecado concebida... Bueno, nada, mire, no puedo decirle más..., de verdad que no puedo. ¿Quiere un rosco?... Están muy buenos. Lo siento... Adiós: vuelva otro día. Adiós, adiós.

AEMILIUS

